

CLARIDAD

Periódico de Sociología Crítica y Actualidades

Redacción y Administración: Agustinas 632, Santiago

Dirección Postal: Casilla 3323

Aparece los Sábados

Precio 20 Centavos

AÑO II

SANTIAGO, SETIEMBRE 29 DE 1922

NUM. 70



EL CARTEL DE HOY

Y avanzan lentamente, unas tras otras, las filas innumerables de beatas que aparecen de detrás de la esquina. La fe renace e inunda los corazones.

Así el partido católico ha aparecido repentinamente, al principio no se sabe de dónde, y ha continuado su camino.

Pero es que estaba ahí, agazapado detrás de la esquina, esperando el momento, como fiera en acecho.

Y ha empezado a alargar sus viscosos tentáculos ha tiempo recogidos, y ha empezado hoy a envolvernos con sus brazos asquerosos y asfixiantes.

Y la religión avanza, avanza lentamente por caminos tortuosos y oblicuos.

¿Dónde los de Jesús y sus Apóstoles?

No ya el angosto camino de acceso al poder espiritual, sino el oscuro sendero del dominio temporal.

Y una sanguijuela más ha unido su boca insaciablemente chupadora a las innumerables que desangran al pueblo.

Y en trágica competencia, la doctrina de Jesús ¡oh, sarcasmo! a brazo partido defiende los trozos mejores y más repletos, conquistados a fuerza de maña y astucia.

Y el eterno explotado, manso como bestia de carga, se deja desangrar.

Y cuando sea un vil pingajo, carne seca, momificada, imposible de succionar, será encadenado a la silla, la cuerda puesta al cuello y los esfuerzos de todos mediante, dará la última gota vital.

Pero con el crucifijo en las manos...

QUERUBE

Sábado 7 de Octubre ::

Gran Velada Literaria

A BENEFICIO DE "CLARIDAD"

EN EL HOGAR COMUN, SAN FRANCISCO 608

Conferencia por el Presidente de la Federación de Estudiantes
Poesías por Roberto Meza Fuentes, director de «Juventud»
El Cuadro "Luz y Armonía" pondrá en escena una de sus mejores obras.

ENTRADA GENERAL \$ 0.60

PIDALAS EN LA OFICINA DE CLARIDAD

ELIODORO ASTORQUIZA

BOSQUEJO DE UN BOSQUEJO

En el número 17 de JUVENTUD, próximo a aparecer

EDITORIAL "LUX"

Tiene a disposición de las Organizaciones Obreras, Centros y Bibliotecas Culturales, los siguientes folletos, que ofrece con descuento de 25 por ciento:

Sindicalismo Libertario, por Angel Pestaña y Salvador Seguí	\$ 0.40
El Comunismo en América, por Angelina Arratia	0.40
Organización y Revolución, por Ricardo Mella	0.40
Mi Palabra Anarquista, por Manuel Marquez	0.40

PEDIDOS A CASILLA 6010 :: CORREO 5

"La Conquista del Pan"

Próximamente se pondrá en Venta este libro, una de las mejores Obras de Propaganda Revolucionaria que ha escrito el viejo Kropotkine

Su precio de venta será reducido y sin competencia

PIDALO A 'CLARIDAD' — CASILLA 3323



Sastrería Ecuatoriana

DE

LUIS MOSCOSO M.

Trajes elegantes: Especialidad en Corte Inglés y Americano

GRAN DESCUENTO A LOS ESTUDIANTES Y EMPLEADOS

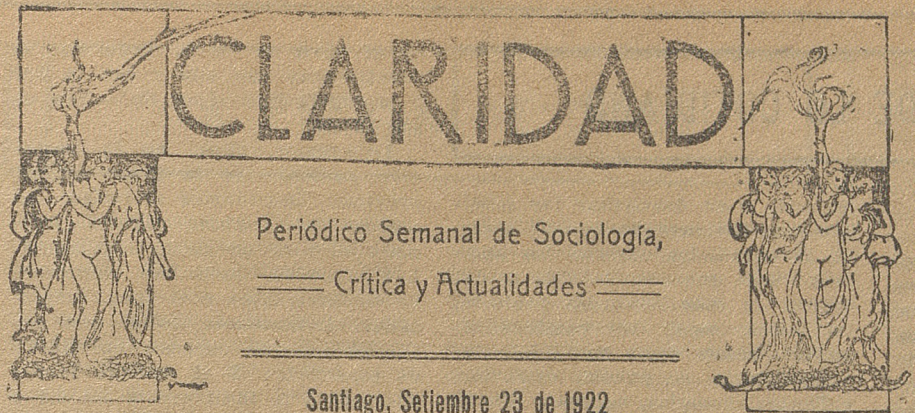
AVENIDA INDEPENDENCIA NUM. 850

ESPAÑA

"CLARIDAD" es la única Agencia que tiene en Chile esta Gran Revista del habla castellana

APRESURESE UD. A HACER SUS PEDIDOS DE LOS ULTIMOS NUMEROS A CASILLA 3323 ...

ORGANO
DE LAS
PUBLICACIONES
OFICIALES
DE LA
FEDERACION
DE
ESTUDIANTES
DE
CHILE



CLARIDAD no tiene opinión oficial. Su única norma es la libertad, el respeto a todas las ideas. Su objeto es constituir la más amplia tribuna ideológica, a fin de ir creando conciencia en los individuos. Cada uno de los artículos que publica revela el sentir y pensar de su autor.

Las cárceles y los gobernantes cínicos

El señor ZANARTU (don Enrique). — Francamente, no habría cómo describir el estado de nuestras cárceles, de Norte a Sur de la República; parece que esos fueran establecimientos de martirios fantásticos, que no fueran lugares de reclusión y regeneración de delincuentes.

El señor VALDES.—Son peores que los presidios de Gomorra.

El señor ZANARTU (don Enrique).—Exacto, y se ven hasta los delitos de la ciudad de Sodoma.

(Sesión #3.ava ordinaria del Senado).

* * *

El 1.º de Septiembre de 1920 ingresaba yo a la Penitenciaría de Santiago y permanecí allí hasta el 5 de Diciembre del mismo año, trasladado desde la Sección de Seguridad, donde estaba desde el 29 de Agosto. En esa fecha fui capturado por orden del Ministro Astorquiza, quien me acusaba de ser dirigente de la I. W. W.; delito que imputaron también a mi amigo Gómez Rojas y por el cual lo asesinaron los miembros del poder judicial de Chile, dejándolo sufrir una difteria faríngea y una demencia precoz, sin auxilio médico oportuno.

Fue en aquella circunstancia cuando conocí experimentalmente la vida de las prisiones. Al segundo día de ingresar a la Penitenciaría, me ubicaron en la sección llamada Siberia, con el socialista italiano Lorenzo Loggia Fratti y el elegante radical chileno Rigoberto Soto Reñjifo. Al primero se le tuvo 4 meses preso y un mes incomunicado por suponersele el anarquista italiano Enrique Malatesta; al segundo se le tuvo sólo dos meses y medio de prisión por no dejarse asesinar en el asalto del Club de Estudiantes por la turba que azuzó Enrique Zanartu desde la Moneda y capitanearon Carlos Alarcón y el teniente Undurraga. En aquella Siberia trabamos amistad con varios delincuentes, desde el niño penado a 5 años y un día por haber servido de "loro" en un robo, hasta el "perpetuo" por haber asesinado a ocho o haber violado a una guagua de tres meses. En esta escala de la delincuencia estaban los que habían cometido los más variados crímenes: los dos pequeños hermanos que despresaron a su abuela y la cocieron en un fondo como a un chanchito para reducirla a gelatina y no dejar rastros, con el propósito de heredar una calceta con monedas, que después no encontraron; el viejo celoso que dudó

de la fidelidad de su cónyuge y, hecho un Otelo, la maniató en el catre y le extrajo un feto palpitante y destrozado, del útero, con sus uñas de gato montés; el esposo vengador de su honra que castro a un amigo desleal retorciéndole los testículos a puño limpio. Y así, hasta el infinito, una gama variada y horrenda...

Allí—una tarde, mientras yo leía—se me acercó un muchacho de sonrisa dulce, ojos verdes y cadencioso andar y me dijo:

—Doctorcito, si me regala medio kilo de azúcar o un poco de espíritu de vino, me dejo "vacunar" por Ud.

Yo le entregué el azúcar y no lo vacuné, pues, sabía que aquello no significaba inocular el virus del gran G Jenner, sino faltar al 6.º mandamiento; "vacunar" es sinónimo de "fornicar" o "cohabitar"; como Uds. quieran.

Poco a poco, a medida que mis compañeros de prisión adquirieron confianza conmigo, fui conociendo cómo se practicaba el amor en las cárceles. Allí el amor se realiza en las mismas variadas formas que en el mundo de la libertad; la única diferencia consiste en que la hembra está representada siempre por un macho.

Así existen las prostitutas—muchachos generalmente—que se venden por cualquier cosa, hasta por una cajetilla de cigarrillos o una vela, y que varían desde la prostituta ingenua e inexperta hasta la vieja y refinada; conocí a un viejo que alardeaba de poder deleitar a un hombre con la lengua, mientras otro lo fornicaba. Era algo así como una "polaca" del mundo galante del presidio.

Las prostitutas tienen también su "camote", amante oficial, a quien se entregan por amor o gratitud, sin recibir retribución. Conocí uno de estos muchachos que hacía verdaderas acrobacias para satisfacer a su amante, quien estaba en celda solitaria y no tenía otra comunicación con el mundo que una abertura circular en una puerta de fierro a dos metros del suelo. Por allí, por aquella abertura, satisfacían su deseo genésico los dos hombres que se amaban...

Existe también el amor legal: dos hombres que se "casan". El macho corteja a la hembra quien generalmente es su ayudante en el taller, la llena de atenciones, le regala pañuelos de seda bordados, le compra zapatos vistosos, le costea la alimentación extraordinaria, etc. Por fin se "casan", y todos los demás respetan este contrato, tal

como en la sociedad burguesa. En las "horas de patio", los demás reos les hacen una rueda para ocultarlos de la guardia y allí el matrimonio realiza su himeneo. Después el esposo fabrica una llave para poder salir durante la noche de su celda y pasarse a la de su esposa. A veces, algún Tenorio, le conquista su mujer y nadie se extraña, ni defiende a los culpables que son acuchillados por el esposo cornudo.

Fuera de estos amores considerados lícitos, existen los ilícitos.

Así, algunos menesterosos, que no trabajan o no tienen condiciones para hacerse amar serenamente, recurren a medios crueles o fraudulentos. Entre varios hombres cojen a un niño y lo violan. O bien son más refinados. Conocí a un estafador—sobrino de un Ministro de la Corte—que hacía las veces de practicante en la Enfermería. Se rumoreaba que suministraba una poción con bromuro y opio a los reos enfermos y luego que se dormían, los violaba. Días antes que me retirara de la prisión, fui—durante la noche—a una de las galerías para trasladar un enfermo a la sala de curaciones. Al entrar acompañado del guardia vi la siguiente escena: Un moribundo se había puesto de pié sobre la cama y, mostrando un puño descarnado y amenazante al enfermero y con los ojos desorbitados, gritaba: "¡Ven a violarme ahora, mari...!" Luego cayó de espaldas, con la boca llena de espuma y murió.

Avisé a la dirección y ésta, después de investigar, en el mismo día aisló al enfermero y lo privó de su puesto. Poco después, salía indultado, gracias a la influencia de una conocida escritora, quien es madrina suya.

* *

Todos estos recuerdos se me han agolpado en la imaginación al hojear los diarios de esta semana. Los gobernantes conocen de sobra estos hechos. Sin embargo, no hacen nada por remediarlos, o bien toman medidas estériles. Así, hace algunos meses, fueron aislados en la galería N.º 12 (celdas en las cuales estuvieron los procesados por "subversivos") todos los sodomitas de la Penitenciaría; pero luego se les suspendió el castigo, pues la necesidad había creado nuevos viciosos entre los reos que habían quedado sin "hembras".

Es tal la fuerza del sexo, la atracción de la carne, que hacía exclamar a un reo puro y bueno, tildado de anarquista, y de quien fui muy amigo:

—Oiga burguesito, esto se lo digo a Ud. porque lo sé comprensivo, a pesar de la vergüenza que siento. Yo tengo poluciones o de-

rrames seminales en la noche y al jabonarme el cuerpo, durante el baño. Pero, a pesar de esto, siento un deseo tan punzante de poseer a otro ser que,—si tuviera la evidencia que mi cómplice se moriría después que yo lo fornicara—me ayuntaría con el muchacho que vive en mi celda vecina...

Y este hombre, verdaderamente santo, lleva dos años y le restan aún cinco de presidio, por haber muerto—en defensa propia—a un paco que lo quería asesinar.

Este grito de desesperación debería conmover a los gobernantes de este país, que enuncian los mayores crímenes del Estado, del cual son ellos los paladines, con un cinismo propio de degenerados.

Se debiera crear una sección, anexa a los presidios, donde se entrevistarán los reos con sus mujeres y pudieran satisfacer sus deseos genésicos. A los que no tuvieran esposa o querida, se les podría permitir entrevistas con prostitutas, debidamente controladas. En este servicio se harían instalaciones sencillísimas para poder higienizar a los hombres y mujeres, a objeto de que aquellos no se infesten, y éstas no se fecunden. No se invertirían más de dos mil pesos en la creación de este servicio en cada prisión. Y estoy seguro que los mismos reos costearían su instalación.

No faltarán las objeciones ridículas a esta manera científica de combatir la sodomía en las prisiones. Y así recuerdo a cierto jefe de segundo orden, que me respondió cuando yo le propuse esta idea:

—¿De modo, doctor, que yo vendría a ser una especie de proxeneta del presidio?

Y yo le respondí:

—Yo preferiría hacer el papel de proxeneta donde se ayuntaran hombres con mujeres y no hombres con hombres, como le pasa a Ud. ahora.

J. GANDULFO.

LEA

LA REFORMA EDUCACIONAL EN RUSIA

"Claridad"

Recomienda a Ud. el calzado económico y durable que vende la

Zapatería "EL SOVIET"

San Diego 658

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

AL MARGEN DE LO COTIDIANO

ESCARCEOS EN LA POLITICA

Hay algo que, hoy día, inquieta desmesuradamente a los hombres representativos: La juventud y los obreros, se alejan, cada vez más, de los partidos. Se afirma que esto se debe a la desconfianza que los aspavientos funambulésicos de los partidos hacen nacer en los espíritus dignos; a la moralidad precaria de los que pregonan mercancías doctrinarias; a la resignada indiferencia de nuestro fatalismo acendrado y singular. Creo yo que esta prescindencia política se origina, más bien, en una comprensión honda y acertada de lo que es la actual lucha social. Los que aspiramos a un cambio integral en la organización humana, buscamos el camino adecuado, el medio eficaz para una realización perfecta de lo que anticipadamente, precise en nosotros, sus contornos ideales. Y la historia y la observación constante de los hechos que, en redor, se verifican, demuéstranos con fuerza de evidencia que ese medio no puede ser la política. La política es, según el amplio y vulgarizado concepto clásico, el arte de gobernar a los pueblos. He aquí el primer defecto: gobernar es imponer, ejercer sobre los individuos una violencia autoritaria, una coerción emanada de fuentes oscuras y artificiales: Dios, ayer, en los solidos estados cesáreos; el sufragio popular, hoy, en nuestras balbucientes democracias. Los hombres que husmean el gobierno, lo hacen según ellos, impulsados por principios superiores; según la realidad, con desesperante insistencia repetida, obran manejados por intereses.

Esto sería aceptable y encomiable si esos intereses fueran los generales. Pero ¿puede hablarse de intereses generales? El político llegado al Parlamento a virtud de la técnica pueril de la Democracia, es allí, representante del clérigo, del albañil, del intelectual, del ladrón, del rentista, del acróbata, etc. Tal vez, si hemos de considerar lo que a diario acontece al único que, en realidad, representa, es al acróbata. Fuera de estas imperfecciones de sistema, que sumariamente insinúa, resalta la enorme vaciedad de los fines. Porque ¿cuál es el resultado de la acción política? La legislación. Y la legislación no modifica nada. Influencia efectiva en la existencia individual no tiene. En la social, tampoco; aún ejercida con la más noble austeridad moral, volviendo las espaldas a las sollicitaciones de los intereses limitados y transitorios. La ley interpreta y sanciona un modo de vida, una costumbre, una tendencia humana, una necesidad colectiva; a veces trata de dar cauce a determinada actividad, en norma nueva. En el primer caso es innecesaria; en el segundo impotente. En ambos nula.

Cabe, entonces, esperar una renovación social por los procedimientos legalitarios? No. Desconocimiento del enorme pasado, ofuscamiento ante los acontecimientos simples y grandiosos de hoy, demostraría el creerlo. Por eso, todos los que se inquietan ante el interrogatorio trágico del mañana, no van a la política, abandonan los partidos. Que vayan a integrar los empeñados en cimentar la in-

justicia, y en desvirtuar las rebeldías que destruyendo han de crear. La juventud, los obreros, los hombres libres que ante la vida actual nutren su más fervorosa protesta, no deben seguir los caminos sinuosos, donde como en el laberinto legendario, se pueden extraviar. (¡Tantos ejemplos, tantos!) En la meditación, en el estudio, trabajar el propio espíritu, integrarlo, cada instante, con el conocimiento irrevocado, con el temblor de inédita belleza, con el regocijo de la acción útil al gran anhelo común. "La razón es una divina línea recta". Y la razón nos dice que no es en la feria gubernativa y parlamentaria donde se gesta el mundo nuevo, sino en el fondo de cada uno de nosotros mismos.

EL IMPERATIVO DE LA LIBERTAD

No es una lucha de clases lo que alienta nuestra inquietud, ni el objetivo de nuestras constantes rebeldías. Las clases desaparecen ante la magnífica vastitud del ideal innovador. El fervor contagioso que lo distingue nace de su tremante significación humana. Por que, por sobre toda otra cosa, es una protesta de la vida, de la vida encerrada en cauces rígidos, agobiada por instituciones y sistemas normativos que obliteran el desarrollo integral de nuestra personalidad.

Miremos en redor. Caracteres claudicantes, corazones guijarrosos, cuerpos deformados por la fiebre cotidiana de la ciudad tumultuaria, fausto y espanto de miseria; sangre que se trueca en oro, manos ávidas estrujando el placer, harapos que cubren, cansancios trashumantes. Y en todo lugar, a la manera de un emiurgo adusto e inevitable, siempre, el dolor. Pero dentro de nosotros, la razón construye incitadoras anticipaciones; la voluntad se robustece en el designio del futuro ideal, y el ansia pura de destruir estremece y enciende las palabras de las viriles admoniciones. Nuestra rebeldía es una fuerza creadora; el ser entero va en ella, anheloso de integración, de expansión. Empequeñido por siglos de mansedumbre, el Individuo se alza y exige la plena libertad donde todas sus nobles posibilidades de vida cobren sentido, y fructifiquen. Ser libres: he ahí la gran voluntad del presente. Lo demás vendrá de añadidura, después. Una pureza nueva que será como un retorno a dominios perdidos se insinuará en nosotros; nuestras miradas bendecirán la tierra, la copa del espíritu estará colmada de alegría solar. Amaremos las cosas en la bella simplicidad de su perfección, nos entregaremos al trabajo como a un juego placentero y fecundo. Y cada día, hemos de ser más fuertes, más limpios, más nosotros mismos. La violencia habrá desaparecido con el horror de sus exteriorizaciones ciudadanas; todos cooperarán en la obra fraterna y múltiple.

El Estado, la Iglesia, la Propiedad, todos los organismos que pesan como una lápida sobre la vida serán sólo un recuerdo torvo. Los hombres se asociarán no por la violencia sistematizada, sino por la espontaneidad del propio interés,

y, al abrir la tierra generosa, se identificarán con ella y con la flor y la espiga que—¡por fin!—han de ser suyas.

Laboremos, pues, en la gestación paciente de la gran belleza próxima. Empuñemos el látigo: los mercaderes tiemblan cuando estremece el aire su ruido fugigante. Las ciudades medrosas aguardan el viento trágico y el fuego purificador. Levantemos, como una antorcha nuestro corazón encendido de esperanza. Y si nuestro fervor decrece, si la indiferencia estoica o la cristiana resignación entran en la dureza de nuestro ademán demoleador, si escuchamos la voz milenaria del Eclesiastés: "Y lo que

ha sido siempre será", hundámonos en la diaria realidad.

Y al sentirnos pequeños dentro del círculo erizado de autoritarismos de la sociedad contemporánea, al contemplar nuestra pureza primitiva y nuestra fuerza creadora ensombrecida por una cultura de artificio y una civilización fundada sobre el engaño y la explotación, al constatar hasta en el amor, las influencias intrusas de la violencia colectiva, sentiremos fortalecerse y magnificarse ese anhelo rebelde que—como hermosamente dijo Roman Rolland—"sofocado mil veces, resucita mil y una vez".

EUGENIO GONZALEZ R.

"FUÉ ASÍ"...

Por María Monvel

He aquí un libro simple.

¿Simple porque todas sus armonías son el desarrollo de dos o tres temas generadores? No: nadie es capaz de abarcar las posibilidades de un motivo único, por elemental que parezca; nadie es capaz de columbrar la complejidad de elementos, la riqueza de matices, de resonancias y de sugerencias que en cada sentimiento, en cada pasión, en cada creencia esperan la voz de un animador. Son infinitas almas, oscuras y profundas y silenciosas. No todos los espíritus las perciben. A menudo los poetas las toman; las palpan sin sentir las; las miran sin verlas; y pasan. Han estado en las riberas del prodigio y no han sabido entrar en él.

Pero alguna vez llega el Mesías de pupilas sin velos, y de manos milagrosas. Su "levántate y anda" galvaniza a las infinitas almas oscuras y profundas y silenciosas. La vida sopla sus vientos en lo hondo del sentimiento, de la pasión o de la creencia elementales... Y vagamente, nebulosamente, intuitivos la polifonía imponderable, la complicación sin límites de lo que por un instante supusimos simple y primario.

La complejidad no es sino un modo hondo de ver y de sentir. De ahí que todas las actitudes y todos los estados individuales puedan ser simples o complejos, indiferentemente.

Si el libro de María Monvel abarca el mayor número de temas posible, no dejaría por ello de ser simple. La multiplicidad de actividades, no quitaría a la musa su característica precisa de rondadora de periferias.

Conviene, pues, distinguir entre la simplicidad, que no es un modo de ser y de reaccionar, y la falta de inquietud, de curiosidad o de amplitud, que circunscribe a determinado radio dicho modo de ser y de reaccionar.

Todavía es preciso diferenciar entre la simplicidad ya anotada, y otra que es sólo una manera expresiva, muy a menudo usada por individuos de estructura interna complicadísima.

Su apariencia fácil ha engañado a muchos argonautas de la Belleza; y a este engaño ha contribuido, y sigue contribuyendo no poco, el tenaz panegírico que labios pontificales e incomprensivos, hacen de su virtud cristalina y sin segundos planos.

Malas voces de sirenas son estas que cantan el elogio de algo cuya comprensión les escapa.

Simplicidad. Claridad... Nada ha hecho tanto mal al desorientado espíritu de los artistas jóvenes como la prédica insistente de estas palabras.

Ellas han apuntado en la tendencia, tan humana, hacia el mínimum de esfuerzo. Y so pretexto de un arte claro y simple, en lugar de lanzarnos a la hondo de la vida, que es complejidad creciente, nos hemos satisfecho con palpar su epidermis.

Nuestra simplicidad ha sido simpleza.

Nuestra claridad el tiempo del automatismo, la regresión de la vulgaridad.

El libro de María Monvel es una gavilla más que cosechan quienes, adueñados de todas las tribunas desparraman, hora a hora, semillas de superficialidad.

A través de sus páginas resulta fácil seguir la germinación de la siembra perniciososa.

Espíritu joven y transparente, golpeado por los látigos del Destino en el dintel mismo de la vida, canta las faces de su tragedia, y la fresca sonrisa amanecida con que la propia vida llega a guiarla, por nuevos senderos insospechados.

Tiene el canto en sus comienzos, cuando al dulce alborozo del amor naciente se junta cierta tenue lascitud de convalecencia espiritual, una humana bondad pura y armoniosa y un equilibrado tono subjetivo de sonata interior.

No hay mayores complicaciones. La atmósfera del verso es la leve atmósfera de las zonas altas, donde el aire es delgado y de cristal, donde las montañas valorizan sus planos y destacan sus volúmenes y donde las estrellas, más encendidas y más cambiantes y más misteriosas, descienden hacia nuestras pupilas, y se quedan temblando como suspendidas por hilos invisibles.

Esto es breve. Pronto se resbala a niveles inferiores. El ambiente se torna opaco. Hay en la temperatura una densidad caliginosa y deprimente.

¿Acaso el cambio de tema? Acaso la oposición entre el ritmo cordial de las primeras armonías y la agresividad arisca de los cantos posteriores.

No lo creemos. ¿Será que, como sostiene Ortega y Gasset, hay temas estéticos y temas extraestéticos?

Tampoco.—Si llegásemos a acordar nuestra opinión con la del sutil analista de "El Espectador" deberíamos declarar que todo el conte-

Sobre el segundo Congreso Eucarístico Nacional

Los organizadores de este Congreso han demostrado un conocimiento profundo de la psicología de las multitudes. Al populacho no le importa que el espectáculo tenga uno u otro nombre, ni le interesa que su esencia espiritual repugne con cualquiera de sus convicciones. Sólo puede preocuparle el que vaya a agrandar sus sentidos bastos e ineducados. Y eso el clero lo había asegurado suficientemente: festones y giraldas de flores y profusas iluminaciones hacían la vista de la gente; una música escogida y novedosa y grandes masas corales se dirigían a su oído, y el humo fragante y voluptuoso del incienso era capaz de hacer olvidar las méfificas expiraciones de aquellas multitudes apiñadas en los recintos sacros.

En esos días se han visto y oído en Santiago las cosas más extraordinarias acerca de la religión oficial—católica, apostólica y romana—En plena Catedral, desde un púlpito prestigiado por los triunfos oratorios de los grandes dignatarios eclesiásticos de otros tiempos, un pobre cura barrigudo y gritón, para halagar a las señoritas bien bailadas que poblaban el templo, dijo que en esta vida terrestre, siguiendo las doctrinas del Cristo, se podía buscar la felicidad como un anticipo de la bienaventuranza celestial... Y en plena Catedral también, después del desfile con que se dio fin a la larga serie de manifestaciones, la multitud, siguiendo la inspiración de la clerecía dominante, entonó espontáneamente la Canción Nacional, haciendo temblar con sus acordes las bóvedas de la "Casa de Dios". De monstruosidad en monstruosidad marchó el tal Congreso: un día se aseguraba como posible dentro de la doctrina cristiana la felicidad en la tierra, y otro, en fin, se unían en un lazo de salvaje hibridismo el símbolo de una patria nacional con el espíritu todo de las manifestaciones de una religión que—desde sus más remotos orígenes—no reconoce fronteras. ¿Acaso han olvidado los sacerdotes chilenos que a Jesucristo, el fundador de esa nueva religión de la cual nació el Catolicismo, le crucificaron los judíos por no dársele un ardite del feroz nacionalismo de éstos? ¿Han olvidado acaso las palabras, tan claras, de Juan el Evangelista, puestas en boca de los príncipes de la Iglesia hebrea: "Si lo dejamos así, todos creerán en él y vendrán los romanos y quitarán nuestro lugar y la nación"? ¿Han olvidado, finalmente, que el mismo Cristo exclamó: "Mi reino no es de este mundo"?

Los católicos de hoy han colocado, no cabe duda, su reino en este mundo—dijo alguien que no recordamos—; y cuidan de él con un celo envidiable, acrecentándolo y administrándolo sabiamente. La Santa Sede—que tiene su origen en unas palabras del Cristo a San Pedro y que en vida de éste fué un término puramente espiritual—; la Santa Sede es hoy un poder estatal como los otros del mundo, y ha sido gran cosa que desde 1870 se limitaran sus prerrogativas y se obstruyera su paso hacia la hegemonía de la nación italiana. Las huestes católicas del

mundo siguen con ciega obediencia unánime las ordenes emanadas de Roma, reconociendo en ellas una capacidad especialísima, superior a toda limitación nacional; y, sin embargo, aquí en Chile la clerecía ha querido que se confundieran en un solo son la queja del alma creyente que asciende al cielo en busca de su Dios y el acorde de la canción que la República naciente diera a sus ciudadanos como prueba de su personería autónoma, canción que éstos después han convertido en enseña de separatismo y oposición frente a los hombres de otras tierras.

Se ha revelado también en este Congreso Eucarístico la profunda degeneración que hoy posee a la religión fundada sobre la base de la palabra pura y superior del Cristo. La enseñanza cordial de aquel maestro de arraigo divino, que de sus coloquios con Jehová trajo a la tierra una "buena nueva"—un Evangelio—bastante para trastornar la faz del mundo antiguo y para subvertir los arcaicos valores de su pueblo y de los pueblos todos, ha sido trastocada y en su lugar se predica una religión oficial, mentirosa y letal. ¿Qué queda del Cristo en la religión que propagan los enviados del prelado de Roma? ¿Dónde está la palpación hondamente humana de los preceptos que un día, en las faldas de la montaña, expusiera el Maestro a sus discípulos tiernos y arrobados? Todo soplo bíblico—es decir original y puro—ha desaparecido de la letra friamente litúrgica que hoy se nos presenta, y si Cristo, hombre superior—"héroe", diría Carlyle—, pudiese leer a sus modernos comentaristas u dir la oratoria ramplona de los indignos usufructuarios de su nombre, un anatema vigoroso henchiría su pecho y, a impulsos de la cólera santa que la Biblia nos relata, empuñaría el látigo de nuevo para hacer justicia...

Este Congreso Eucarístico ha sido una mascarada indigna; en él no se ha probado (como se ha dicho) que el pueblo chileno sea católico o cristiano—y no es lo mismo—, sino que el pueblo no sabe ni lo que es ser católico ni lo que es ser cristiano... Y eso no puede extrañar a nadie, pues hay muchos sacerdotes que también lo ignoran. Lo que se ha conseguido asegurar con el éxito del famoso Congreso Eucarístico es la superficialidad de la multitud, su amor absorbente de las formas y de las exterioridades brillantes, que tocan sólo a los sentidos; y mientras más se ama lo menudo, lo apariencial, lo externo, menos aprecio se tendrá por lo íntimo y personal, por lo inalienable y permanente que constituye el espíritu de una religión, cualquiera que ésta sea.

El Congreso Eucarístico no es un triunfo del espíritu sobre la materia, sino una absorción decisiva de aquel por ésta, pues mientras miles de personas se embriagaron de las materialidades pomposas y fugaces de la liturgia, absorbiendo extáticas el humo del incienso, contemplando deslumbradas las luces y las flores, llenando de ritmos musicales sus oídos, ¿cuántas serán las que—detrás de todo eso—alcanzaron a comprender la tras-

endencia de las palabras y de las manifestaciones dedicadas a honrar la Eucaristía? ¿Cuántas personas, por ejemplo, sabrían—entre los miles de congresales—exponer en unas cuantas frases sintéticas el misterio teológico de la transubstanciación, médula en último término de la Eucaristía?...

Ante los atentados que los católicos cometen con la pura insti-

tución cristiana, dan deseos de ser capaz de abrazar una religiosidad determinada, de abanderarse a una doctrina, porque si eso me fuese posible a mí, por ejemplo, yo me haría cristiano para combatir desde Mi religión a los católicos...

Diógenes

13 de Setiembre de 1922.

EL RESPETO A LA LEY

Es corriente que Gobierno y capitalistas pidan a los trabajadores más respeto por la Ley. La Ley—dicen ellos—es el resumen de la voluntad de todos; la Ley es la expresión del libre consentimiento de los ciudadanos, que por medio de elecciones populares otorgan poderes a los senadores y diputados para que procedan en su nombre a discutir y aprobar las leyes.

Sin embargo, nada más mentiroso. La Ley no es el resumen de la voluntad de todos, por dos razones evidentes y poderosas. Es la primera, porque los trabajadores que todavía votan no proceden libremente en el acto electoral, que es una simple operación de feria; más que eso, la elección es una chacota indigna de hombres que se respetan; es una compra-venta que sería excusable si se tratase de una transacción comercial ordinaria, pero que, tratándose de un acto de conciencia, de fuero interno individual, él es sencillamente escandaloso. Los poderes de los diputados resultan, así, manchados con el pecado original de una grande inmoralidad.

Es la segunda, que hay una gran masa—en crecimiento constante—la de los antipolíticos; aquellos que no votan; aquellos que no delegan facultades; aquellos que piensan que nadie, ningún otro que el propio interesado, puede resolver con mejor acierto los asuntos que le conciernen. Y a la altura en que nos encontramos esta masa de trabajadores que no pide ni da el voto, es ya legión, y crece cada día, tanto más, cuanto mayor es el cinismo y la desvergüenza de los políticos.

De manera que la Ley, al revés de ser el resumen de la voluntad de todos, es solamente la expresión del orgullo de cualquier fanfarrón con bastante dinero para comprarse una banca en el Parlamento; o bien,—y éste es el caso más frecuente,—se gasta dinero en una elección, pero se le recupera elevado al cubo con los manotones

dados al dinero fiscal en las mil formas que son de uso corriente entre el parasitismo parlamentario.

*
*
*

Analizada la Política Electoral en la forma que lo hemos hecho, y que es la verdadera, puesto que en Chile todo el mundo conoce los procedimientos electorales en uso, se necesita un descaro inaudito, una falta total de vergüenza para decir,—como afirman los políticos,—que la Ley es la libre expresión del consentimiento de los ciudadanos. Es necesario ser político para mentir con tanto descaro a vista y paciencia de todo un pueblo que se da cuenta exacta de que la entera Electoral es una comedia que se representa cada tres y cinco años, con actores tan malos que ya no tienen público...

Ahora bien, ¿qué respeto puede merecer la Ley hecha en estas condiciones? ¿Puede alguien, dotado de razón, exigir que se respeten los acuerdos que toman algunos ciudadanos que ingresan al Parlamento con la conciencia y las manos manchadas por el más vil de los fraudes?

¡El respeto a la Ley!

La Ley sólo representa el poder del Dinero; del Dinero arrancado al sudor del pobre; del Dinero sustraído de las áreas fiscales; del dinero sacado en forma de "coima" por el gestor administrativo; del Dinero que, en atrículo de muerte, captó el clérigo astuto, vendiendo el cielo aun fanático; del Dinero, en fin, que "ganó" el abogado, engañando a infelices viudas, o despojando a menores inocentes...

Eso representa la Ley:—el Dinero robado!

Los que han perdido todos respeto por la Moral, no tienen autoridad alguna para exigir respeto por una Ley, viciada en su origen, en sus medios y en sus fines.

M. J. Montenegro

EDITORIAL "CLARIDAD"

Ya apareció el primer folleto de los «Temas Subversivos» por SEBASTIAN FAURE

LA FALSA REDENCION

Editaremos los doce temas de las famosas conferencias del maestro, intercalando obras nacionales; entre las primeras irán Sindicalismo y Organización Industrial, por M. J. Montenegro y Juan Gandulfo, El Conventillo por González Vera con prólogo de Fernando G. Oldini.

Precio 40 centavos ejemplar Agentes: 25% de descuento
Se ruega pedir rápidamente los envíos, porque el tiraje será muy limitado.

ANTOLOGÍA: ORTEGA Y GASSET

BIOLOGÍA Y PEDAGOGÍA

De un interesante ensayo que ha publicado recientemente en su tercer volumen de "El Espectador" el filósofo español José Ortega y Gasset, extractamos los capítulos que se leen a continuación. Por ellos queremos llamar la atención de nuestros lectores hacia uno de los problemas más apasionantes del momento actual: la pedagogía.

Ortega y Gasset—aunque confiesa no ser un pedagogo—da en dicho ensayo ideas trascendentales, tanto por su novedad como por las múltiples aplicaciones que ellas comienzan a adquirir para la educación. No son, seguramente, la última palabra en la materia; pero sí el índice de una formidable renovación en los campos de la enseñanza.

Con la publicación de estas líneas admirables queremos ampliar el radio de actividad inteligente de nuestros lectores y responder en forma eficaz y decisiva a los imperativos de cultura que nos impone la labor periodística que desarrollamos.

La vida como suma y como unidad

De 1850 a 1900, por uno u otro camino, vía Darwin o vía Lamarck, se llegaba siempre a definir la vida esencial como una adaptación al medio. Tal modo de pensar conducía por fuerza a atender con excesiva predilección aquellas funciones orgánicas que operan directamente sobre el medio envolvente y que consisten, bien en amoldarse a él, bien en transformarlo.

En estas funciones el organismo confina inmediatamente con el medio, con el exterior: son funciones que concluyen fuera del individuo y que, por tanto, podemos llamar externas. Las secreciones digestivas son, en este sentido, no menos externas que la locomoción o la aprehensión manual, puesto que actúan sobre la realidad exterior que, en forma de alimentos, ha sido introducida en el estómago.

Habitados los naturalistas a considerar las funciones externas como el prototipo de la acción vitalmente útil, no sabían bien qué pensar de muchos órganos interiores cuya función no parecía rozar, se directamente con el medio.

Así toda la serie de glándulas ocupadas en segregar sustancias que son absorbidas difusamente por el organismo y en él desaparecen sin tropezar en ningún punto de su trayectoria con el mundo exterior. Mirados desde la teoría en uso, tales órganos y tal función de íntimas exudaciones parecían completamente inútiles. Ahora bien: la inutilidad es el escándalo biológico, como la contradicción es el escándalo lógico.

Por razones cuyo mero enunciado prolongaría indebidamente estas páginas, la biología de la adaptación propende a considerar la vitalidad como la suma de funciones singulares relativamente independientes. Vida sería, según esto, ver más oír, más andar, más digerir... como el río es la colección de los arroyos y riberas preexistentes. Esta propensión hacía olvidar o cegarse para todos aquellos fenómenos que presentan al ser vivo funcionando integralmente, de modo que cada una de sus funciones es operación del organismo entero. No hace mucho que comenzaron los laboratorios a estudiar con mayor cuidado todos estos procesos de unidad funcional (1). Merced a ello se inicia una interpretación de la vida in-

versa de la tradicional: en lugar de aparecernos como una suma que resulta, de ciertos sumandos previamente existentes, adquiere más bien el cariz de una división, esto es, de una especificación. La vitalidad es anterior y creadora de sus funciones concretas; el río es padre del arroyo.

Al amparo de esta tendencia, confesada tácita o aún inconscientemente en muchos investigadores, se ha descubierto la profunda importancia biológica de aquellos órganos y funciones que antes parecían inútiles. No hay, por ventura, en la ciencia actual capítulo más revolucionario de las viejas concepciones que la doctrina de las secreciones internas (2). Ahora resulta que sin esas exudaciones íntimas nada funcionaría en el ser vivo. La glándula vierte su jugo en las canales sanguíneas, y al través de su maravillosa red, acaso también por medio del sistema nervioso, hace llegar a los lugares más apartados del cuerpo su sustancia específica, excitando la actividad de aquellos, deprimiéndola, equilibrando y regulando cada función con el resto. Considerando la acción excitadora como la más característica, Starling ha llamado a la sustancia básica de la secreción interna "hormona"; lo "incitante". He aquí, pues, que la hormona no es útil para adaptación ninguna al mundo exterior; la secreción hormonal no concluye fuera del organismo, no es tangente al medio, no vierte su influjo fuera, no es función externa; por el contrario, nace y termina en la intimidad fisiológica, vierte dentro, es función interna.

Pasemos ahora a la vitalidad psíquica. También ella ha padecido los mismos errores y manías que la biología corporal durante la pasada centuria. Pero no son éstos lugar ni ocasión para hacer un esquema de la historia de la psicología en los últimos ochenta años. Lo que estrechamente importa a nuestro tema es que también, al observar la vida psíquica, hallamos, por lo pronto, funciones que, sin dejar de ser psíquicas, cabe llamar externas en el sentido que arriba he fijado. La percepción proporciona una aprehensión adecuada del medio, la memoria conserva ésta, tesauriza nuestras noticias del mundo real y las ciencias naturales, usando de aparatos mentales económicos—como la industria de sus máquinas—, am-

(2) Véase: Gregorio Marañón, *La doctrina de las secreciones internas*, 1915.

plian nuestra recepción del medio, restaurando el pasado y anticipando el porvenir. Asimismo la conciencia moral al uso adapta nuestros apetitos al contorno social, eliminando aquellas acciones nuestras que la colectividad castiga o, cuando menos, reprueba. De este modo sabemos querer lo que, según normas objetivas—esto es, impuestas por el medio—, se debe querer.

Todas estas funciones vierten, pues, hacia afuera, confinan con el medio y son regidas por él, o directamente en vista de él.

Pero si penetramos alma adentro, hallamos estratos más profundos de vida psíquica, que no es fácil filiar como adaptaciones al medio; antes bien, parecerían audaces inadaptaciones. Y es curioso advertir, desde luego, que esa trastierra espiritual, esa fauna psíquica inadaptada, es mucho más rica, enérgica y abundante que la prudente y útil.

EL DESEO

Escogamos un ejemplo entre mil, perteneciente a nuestra vida de voluntad. En la conversación solemos usar, como equivalentes, las ideas de querer y desear. La observación psicológica muestra, sin embargo, que una y otra se refieren a fenómenos psíquicos muy distintos. Querer es querer la realidad de algo, y, por tanto, querer los medios que lo realizan. En última sustancia, es siempre un querer "hacer" algo. Desear, en cambio, es lo que solemos expresar con más rigor cuando hablamos de un "mero deseo". El deseo, en sentido estricto, implica el darse cuenta de que lo deseado es relativo o absolutamente imposible. Pues bien; en el niño, esta diferencia no existe. Ignora que unas cosas son posibles y otras no. Su volición tiene un cariz anterior a esta diferencia entre querer y desear. Cuando la experiencia le va mostrando la imposibilidad de satisfacer ciertos apetitos, y la técnica para satisfacer otros, su voluntad propiamente se va retirando de muchas cosas que persisten, no obstante, como apetecibles, bien que irrealizables. El contacto con el medio selecciona del tesoro enorme de apetitos primarios unos pocos que resultan prácticos, mientras el resto perdura desarticulado de su realización exterior, en calidad de "meros deseos". Ciertamente que nada puede ser querido si no ha sido antes objeto de un apetito primario; pero no todo lo que anhelamos lo queremos. De la cuna a la sepultura es la existencia una lucha de fronteras entre nuestras voliciones y nuestros deseos, y en cada instante podríamos hallar en nosotros una zona confusa donde no sabemos si nuestro querer es un mero desear o nuestro desear es ya un querer. Entre ambas provincias interiores hay ósmosis y endósmosis constantes. El deseo es un querer fracasado, es el espectro de una volición; más, por otra parte, sigue en él viviendo el apetito primario, siempre presto a transformarse otra vez en voluntad cuando lo que ayer era imposible parece hoy realizable. El deseo nutre el querer, lo excita, gravita constantemente sobre él moviéndolo a ampliarse, a ensayar una vez y otra la realiza-

ción de lo que ayer era imposible. El deseo es, pues, una función interna. Impráctico si se le confronta con el medio, es útil como regulador de la voluntad y de otras funciones anímicas. Cuanto mayor sea nuestro repertorio de deseos, más grande es la superficie ofrecida a la selección en que se va decantando el querer. El deseo, por tanto, vierte su influjo dentro del organismo psíquico.

Una pedagogía de adaptación tenderá, movida por su miope utilitarismo, a podar en el niño y el adolescente toda la fronda del deseo, dejando sólo aquellos apetitos que el maestro juzga practicables. Con ello vendrá a hacerse cada vez más angosto el círculo de la voluntad y menos briosos los ímpetus de ensayo. Una pedagogía de secreciones internas cuidará, por lo contrario, de fomentar los apetitos, formando una abundante stock de ellos en el alma juvenil.

EL MITO

El niño debe ser envuelto en una atmósfera de sentimientos audaces y magnánimos, ambiciosos y entusiastas. Un poco de violencia y un poco de dureza convendría también fomentar en él. Por el contrario, deberá apartarse de su derredor cuanto pueda deprimir su confianza en sí mismo y en la vida cósmica, cuanto siembre en su interior suspicacia y le haga presentir lo equivoco de la existencia.

Por esto yo creo que imágenes como las de Hércules y Ulises serán eternamente escolares. Gozan de una irradiación inmarcesible, generatriz de inagotables entusiasmos. Un pedagogo practista despreciará estos mitos y en lugar de tales imágenes fantásticas procurará desde el primer día implantar en el alma del niño ideas exactas de las cosas. "Hechos, nada más que hechos!"—grita el personaje de los "Tiempos Difíciles" a quien luego hace coro Mr. Homais. Para mí, los hechos deben ser el final de la educación: primero, mitos, sobretodo mitos. Los hechos no provocan sentimientos. ¿Qué sería, no ya de un niño, sino del hombre más sabio de la tierra si súbitamente fueran avertedados de su alma todos los mitos eficaces? El mito, la noble imagen fantástica, es una función interna sin la cual la vida psíquica se detendría parálitica. Ciertamente que no nos proporciona una adaptación intelectual a la realidad. El mito no encuentra en el mundo exterior su objeto adecuado. Pero, en cambio, suscita en nosotros las corrientes inducidas de los sentimientos que nutren el pulso vital, mantienen a flote nuestro afán de vivir y aumentan la tensión de los más profundos resortes biológicos. El mito es la hormona psíquica.

El arte, en general, tiene comparado con la ciencia un carácter de función interna. Es él una fabulosa inadaptación al medio y vive entero de irrealizar, de trastocar, de fantasmagorizar el mundo exterior. Por lo mismo, suele haber más vitalidad en el artista que en el científico, en el empleado o en el comerciante. Las personas exentas de sensibilidad y atención para el arte, esto es, los filisteos, son reconocibles por un peculiar auquilosamiento de todas

(1) Véase A. Pi y Suñer, *La Unidad funcional*, 1917.

aquellas funciones que no son su estrecho oficio. Hasta sus movimientos físicos suelen ser torpes, sin gracia, ni soltura. Lo propio advertimos en el sesgo de su alma. Juzgado desde un punto de vista ampliamente vital, el "especialista" suele producir impresión de un idiota. Y es que falta en él la potencia fundente y efusiva del arte, que mantiene siempre despierta la fluidez psíquica, azuzándola en todos sentidos, alerta y vivaz.

La Psicología del Cascabel

La incomprensión de la vida infantil que solemos padecer procede de que juzgamos los actos de los niños suponiendo a éstos sumergidos en el mismo medio que nosotros. Partimos de nuestro mundo como de algo definitivo; y en vista de que el niño se mueve torpemente por este paisaje nuestro, consideramos la infancia como una etapa enfermiza, defectuosa, que la vida humana atraviesa para llegar a la madurez.

De aquí que la pedagogía tienda siempre a actuar contra la niñez del niño, a reducir cuanto puede su puerilidad introduciendo en él la mayor cantidad posible de hombre. Las ideas de Froebel, que permitían la invasión del juego en la seriedad triste de las escuelas, sonaron durante mucho tiempo a paradoja. Y eso que la afirmación de los derechos infantiles hecha por Froebel no tiene carácter radical. Al fin y al cabo, Froebel usa arteramente del juego como de un mecanismo para educar al hombre en el niño; pero no porque el juego por sí mismo,—esto es, la niñez por sí misma—le parezca cosa importante. Siempre se hace que la madurez grabe sobre la infancia oprimiéndola, amputándola, deformándola.

Suele pensarse que el procedimiento mejor para obtener hombres perfectos consiste en adaptar desde luego el niño al ideal que tengamos del hombre maduro. Ya he insinuado la necesidad de iniciar un método inverso. La madurez y la cultura son creación no del adulto y del sabio, sino que nacieron del niño y del salvaje. Hagamos niños perfectos, abstrayendo en la medida posible de que van a ser hombres; eduquemos la infancia como tal, rigiéndola, no por un ideal de hombre ejemplar, sino por un standard de puerilidad. El hombre mejor no es nunca el que fué menos niño, sino al revés: el que al frisar los treinta años encuentra acumulado en su corazón más espléndido tesoro de infancia.

Las personalidades culminantes suelen parecer algo pueriles al ciudadano mediocre. El comerciante— a mi entender, el tipo inferior del hombre—encuentra siempre un tanto infantil al poeta y al sabio, al general y al político; le parecen gentes que se ocupan de cosas superfluas y cuyo trabajo tiene siempre un aire de juego. Esta impresión que el filisteo recibe del hombre genial no es inmotivada: sólo que de esa propensión a gastar esfuerzo en lo superfluo ha nacido cuanto en el mundo hallamos de respetable, incluso los inventos que, una vez logrados, enriquecen al mediocre mercader. Hay hombres que llevan en el ángulo de la pupila una inquietud latente, la cual hace pensar en un ni-

ño acurrucado y escondido, presto a dar el brinco genial sobre la vida, la carrera loca y alegre que proporciona el gran botín de la ciencia, del arte y del ingenio. Sólo esos hombres me parecen estimulables, y el resto es contabilidad.

He combatido la tendencia a creer que en la evolución de la cultura cada nuevo estadio suprime el anterior y todos ellos suponen la muerte previa del Salvajismo. Del mismo modo se imagina que en el desarrollo del organismo, hasta su culminación, cada etapa implica la supresión, de la antecedente; por tanto, que la madurez trae consigo la desaparición de la niñez en el hombre. Nada más falso. Hegel vió muy bien que en todo lo vivo—la idea o la carne—superar es negar; pero negar es conservar. El siglo XX supera al XIX en la medida que niega sus peculiaridades, pero esta negación supone que el siglo pasado perdura dentro del actual, como el alimento en el estómago que lo digiere.

Así, es la madurez no una supresión, sino una integración de la infancia. Todo el que tenga fino oído psicológico habrá notado que su personalidad adulta forma sólida coraza hecha de buen sentido de previsión y cálculo, de enérgica voluntad dentro de la cual se agita incansable y prisionero, un niño audaz. Este discolorado personaje interior es el que nos hace talvez reír en medio de un duelo, o decir una impertinencia a un grave magistrado, o seguir tomando el sol cuando el deber nos obligaba a ausentarnos. Somos todos, en varia medida, como el cascabel, criaturas dobles, con una coraza externa, que aprisiona un núcleo íntimo, siempre agitado y vivaz. Y es el caso que, como el cascabel, lo mejor de nosotros está en el son que hace el niño interior al dar un brinco para libertarse y chocar con las paredes inexorables de su prisión. El trino alegre que hacia fuera envía el cascabel está hecho por dentro con las quejas doloridas de su cordial pedrezuela. Así, el canto del poeta y la palabra del sabio, la ambición del político y el gesto de guerrero son siempre ecos adultos de un incorregible niño prisionero.

Influidos por una psicología ya anticuada, queremos cegarnos ante el hecho palmario de que, en la realidad psíquica el pasado no muere, sino que persiste, formando parte de nuestro hoy. Y no sólo perduran aquellos breves trozos de nuestro personal pretérito que recordamos, sino todo él, íntegramente, colabora en nuestro ser actual, como en el fin de una melodía actúa su comienzo, inyectándolo de sentido peculiar.

El genial psiquiatra Freud descubre la génesis de muchas enfermedades mentales y de ciertas formas del histerismo en la explosión anómala que hace dentro del hombre adulto su niñez maltratada. Fué acaso una escena violenta presenciada en los primeros años, una ruda negativa de los padres a satisfacer un enérgico deseo del niño; el choque afectivo experimentado entonces forma a modo de un quiste o tumor psíquico que acompaña al alma en su crecimiento, deformándola, hasta el día en que explota como una carga de espíritu dinámico. ¡Cuántas veces, al mirar los ojos de un hombre maduro, vemos deslizarse por él

PROVINCIA

LAS CALLES

Estas calles son frías, inexpresivas; al andar por ellas siento un desgano, un desprecio por todo, una indiferencia por mis inquietudes antiguas, por mis pequeñas ambiciones y vanidades. Pero todo esto desaparece cuando estoy en mi pieza, solo. Son estas calles que me ponen así, estas calles inexpresivas y frías. Y la gente que transita por ellas anda con pasos lerdos y torpes, pasos de bueyes ahitos y ociosos. Gentes sin emoción, gentes sin ambición, han nacido, han sufrido y morirán aquí. Ningún suceso extraordinario pone una emoción imprevista en estas calles; hubo un incendio hace años y todavía se habla de él. Turcos que hostezan, viejos ricos que se calientan al sol, pretenciosos mozalbetes. ¡He aquí las calles, las calles!

DESFILE

Mientras la banda toca marchales marchas, he aquí que pasa el regimiento. Correcto, brillante, las bayonetas fulgurantes y los pasos rítmicos. Mirad al jefe, apuesto y joven, hermoso con su uniforme de parada y con su penacho flotante al viento, montando el caballo brioso y nervioso. Mirad los soldados, musculosos y jóvenes, teniendo todos un sólo movimiento, formando líneas tiradas a cordel. Mirad: para el regimiento los cascos brillantes y las bayonetas amenazantes, mientras tocan argentinas marchas las bandas militares. Mirad cómo la multitud aplaude, cómo los muchachos saltan y gritan, cómo las mujeres saludan y arrojan flores, para que las huelen las pesadas botas!

¡Cállete corazón!, es la mentira, la farsa inteligente, los comerciantes embozados, hambrientos, incapaces, idiotas, amparados de bayonetas y sables adornados de cintas y trapos, son los que pasan y es la estupidez y el rastrerismo los que aplauden.

LOS POBRES

Los pobres de mi pueblo son humildes y tímidos como los niños. Cuando hablan con el patrón se sacan el sombrero y adoptan una actitud de perro fiel ante su amo, llamándole "su mercé". Hasta los lustrabotas, que son la gente más palomilla que hay, son respetuosos. Los campesinos suelen estar esperando horas y horas con las manos en los bolsillos o cruzadas sobre el vientre, a que el patrón se desocupe, de sus largas conversaciones con el compadre o con la comadre. Y allí se está inmóvil esperando y mirando, mirando.

Simpatícos son los campesinos.

fondo de ellos su niño inicial, que se arrastra, todavía doliente, con un plomo en el ala!

JOSE ORTEGA Y GASSET.

Vienen al pueblo en unas carretilas pequeñas, con toldo lleno de polvo. Se van a la casa del patrón a dejarle las aves o las legumbres que le traen. Después salen a hacer sus compras. Se van al despacho: compran azúcar, yerba, etc. En seguida donde el turco a comprar género y chuchería. Allí se están lo menos una hora discutiendo y regateando y haciendo la comedia de que se marchan para obligar al turco a que les rebaje la mercadería. Desocupados salen a andar por el pueblo. Los hombres con sus chupallas y sus mantas y sus ojotas. (Un progreso: las ojotas, la mayoría de las veces, son hechas con gomas de ruedas viejas de automóviles). Las mujeres con sus amplias polleras y sus zuecos. Andan lentamente, como no sabiendo qué mirar y temiendo molestar.

Y al mediar la tarde, cargan sus carretas y se van gritando a sus bueyes o cantando campesinas canciones.

¡MUCHACHA DE PROVINCIA!

Nadie ha dicho la inútil ternura de tus balabras y de tus ojos. Gentes que han copiado su sentimentalismo de libros escritos para halagar y explotar burguesitas cursis, han hablado de ficticios sueños tuyos en encantados príncipes de leyendas.

¡Qué has de pensar en príncipes, tú casta y cuerda muchachita provinciana! Cuando en la calle, el viento pícaro, jugando con tu vestido, muestra la armoniosa línea de tu pierna, bajas tus ojos pudorosos y limpios y se te encienden las mejillas. Nunca tus labios han sabido del lápiz rojo de carmín, y cuando sales de paseo, temerosa, vas de haberte puesto demasiado polvo de arroz. Sencillemente, sobriamente peinas tus cabellos, y sólo cuando vas a misa, los días Domingos, pones en ellos un poquito de agua colonia... Y si algún mozalbote, ocioso y fatuo, te mira, conquistadoramente, tú instintivamente te cercas más a tu madre, cogiéndote de su brazo, y pasas, digna y sencilla...

Al único ser a quien quieres es a tu madre. Pero sueñas en tener un amor, un amor grande y hondo a quien darías tu castidad, tu ternura, todos tus sentimientos, bellos y sanos, como los trigos maduros en el verano y que has almacenado durante diez y ocho primavera... Sueñas con él en los dorados días de Octubre, en las claras noches de Enero y en las tibias tardes de Abril. Pero, ingenua y casta muchachita provinciana, el tiempo pasará y la lujuria de un hombre cualquiera, torpe y rústico, te llevará al matrimonio; y tú aceptarás por que estarás cansada de esperar. Y tendrás hijos y te pondrás gorda y fofa y gruñona como tu madre y como tu tía, ingenua y casta muchachita provinciana!

PABLO GERARDO.

Próximamente beneficio a "Claridad".